

DEMETRIO BOERSNER

El ascenso del exgobernador George W. Bush a la presidencia de los Estados Unidos se ha producido en forma traumatizante para el pueblo norteamericano y para el propio mandatario. Desde hace más de un siglo, ningún proceso electoral estadounidense ha quedado de tal manera ensombrecido por sospechas de irregularidades y hasta de fraude abierto, como la etapa final de estos últimos comicios presidenciales. El nuevo jefe de estado norteamericano inicia su mandato con la *capitis diminutio*, no sólo de haber obtenido una votación popular global más baja que la de su contrincante Al Gore y deber su victoria en la elección de segundo grado a un margen de apenas unos centenares de votos en el estado de Florida, sino además del cuestionamiento, por una porción importante de la población, de la limpieza y la transparencia de los escrutinios floridenses.

Algunos observadores esperaban que esta situación de debilidad induciría al presidente Bush a adoptar una actitud conciliadora hacia la oposición demócrata y tratar de dar a su administración un carácter bipartidista. Tal vez Bush exploró esa posibilidad pero se encontró con el rechazo por parte de un Partido Demócrata airado, y que además estima que en una época de previsible dificultades económicas nacionales más vale eludir cualquier responsabilidad gubernamental. En todo caso, la actitud del presidente en sus semanas iniciales de ejercicio ha sido más bien "dura" que de mano tendida. La designación del señor Ashcroft, marcadamente derechista, como ministro de justicia/fiscal general, el intento de nombrar un antisindicalista notoria como ministra del trabajo, y la escogencia de una

desarrollista, repudiada por los defensores del medio ambiente, como ministra del interior (infraestructura y recursos naturales) parecen indicar la decisión de avanzar peleando, sin hacer concesiones al bando contrario.

Si se confirma esta aparente tendencia hacia la derecha, previsiblemente la política exterior del señor Bush se diferenciará de la del señor Clinton. Los partidos republicano y demócrata se diferencian en algunos puntos doctrinarios fundamentales, con respecto a los asuntos internos como los exteriores. Aunque por razones pragmáticas a veces sus iniciativas confluyen en un punto medio, no dejan de representar en lo ideológico fundamental, la contraposición entre el conservatismo y el progresismo. El Partido Republicano, aunque en la época de Abraham Lincoln haya sido el más progresista, luego evolucionó rápidamente hacia la posición de partido conservador, defensor de la libre empresa y del "recio individualismo", preferido por las clases pudientes y por el mundo de los grandes negocios, en tanto que el Partido demócrata, una vez liberado de sus vínculos con la oligarquía esclavista sureña, recuperó los ímpetus igualitarios y populares de sus orígenes jeffersonianos y jacksonianos y se perfiló como el partido del "hombre común" (granjero, trabajador asalariado, pequeño o mediano empresario). Acojió en su seno a los inmigrantes y se distinguió por su actitud favorable a la igualdad de derechos entre etnias, razas y confesiones.

En materia exterior, hasta cierto grado se mantienen las diferencias históricas entre administraciones demócratas y republicanas. Desde Wilson y Franklin Roosevelt hasta nuestros

Venezuela

ante el ascenso de George W. Bush

días, los gobernantes demócratas tienden a ser más internacionalistas por convicción, más solidarios de pueblos foráneos oprimidos, y más dispuestos a asumir compromisos políticos multilaterales que los republicanos, que mantienen elementos del viejo aislacionismo nacionalista cuyas primeras expresiones fueron la doctrina Washington de 1797 y la Doctrina Monroe de 1823.

El factor aislacionista en el pensamiento de los republicanos de ayer y de hoy no significa que quieran dar la espalda al mundo, sino que desean mantenerse al margen de "alianzas enredantes" para poder intervenir libremente en defensa y promoción de su interés nacional donde lo crean necesario. Aspiran mantenerse libres de compromisos multilaterales que puedan disminuir su capacidad de acción hegemónica unilateral y frenar, mediante consideraciones "idealistas", la plena afirmación del poderío nacional.

Mientras el "internacionalismo" demócrata es doctrinariamente adversario de la intervención de un solo estado en los asuntos de otro y propugna la acción colectiva en caso de trasgresión de la legalidad internacional, el "aislacionismo" republicano conlleva la disposición al golpe unilateral contundente contra "estados bribones" que de algún modo protejan o propicien el narcotráfico o el terrorismo. De esas tradiciones históricas se puede deducir que Bush, Cheney, Powell y Rice, en definitiva podrían estar más dispuestos que sus contrapartes demócratas a adoptar medidas fuertes contra algún país del Tercer Mundo que les cause serias molestias.

Aparte de las razones derivadas de la tradición política del Partido Republicano, existe otra de índole más pragmática que eventualmente podría inducir al presidente Bush a una línea dura ante países discolos en el "patio trasero" de Estados Unidos: la necesidad en que se siente, de sobreponerse al desprestigio resultante de su triunfo electoral cuestionado y casi pírrico. Una exitosa acción militar contra un pequeño retador tercermundista realzaría su credibilidad ante grandes sectores del pueblo norteamericano.

En todo caso, para un país como Venezuela, gobernado por un hombre verbalmente agresivo y propenso a actitudes antihegemónicas desafiantes, se impone la conveniencia de analizar con esmero los elementos de juicio arriba expuestos, y de una vez transmitir señales de prudencia en su discurso referido a las relaciones con la potencia nortea.

No se debe olvidar, sin embargo, que la Venezuela del presidente Chávez presenta a los decisores norteamericanos (como también a los europeos y asiáticos orientales) una doble faz en lo referente a las relaciones Norte-Sur. La primera faz, hostil y conflictiva, la presenta un mandatario que habla de crear un "polo" antagónico al polo estadounidense, que abraza a Castro, Sadam Hussein y Kadafi, y que llega a proponer la creación de una "OTAS" (OTAN en el Sur) para enfrentar a la OTAN existente.

Un mandatario que suscita la sospecha de que podría estar promoviendo la subversión de Sudamérica septentrional en un sentido neocomunista, mediante el apoyo a fuerzas revolucionarias de Colombia, Ecuador y quizás otros países más.

Por otro lado, ese mismo mandatario explica a la empresa privada transnacional que debe estar alerta ante "lo que hace y no lo que dice". Ha abierto una gigantesca operación de aperturas y privatizaciones en el ámbito de la telecomunicación y prepara su extensión a otras áreas de la economía nacional. Su trato deferente a las corporaciones industriales y financieras foráneas contrasta con su hostilidad hacia la clase capitalista venezolana. Un destacado representante de intereses europeos occidentales acaba de declarar que "el presidente venezolano es algo excéntrico, pero estamos contentos y realizando mejores negocios que nunca antes". Voceros gerenciales pronorteamericanos dentro de Venezuela elogian los fundamentos del "proceso" actual. En Washington, sin duda el embajador Maisto sigue aconsejando que los acontecimientos venezolanos se evalúen con "sentido del humor".

Por ello, el futuro de las relaciones de George W. Bush resulta difícil de predecir.

DEMETRIO BOERSNER

DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS.
EXEMBAJADOR DE VENEZUELA.